

## El genio Al-Revés

Un día iba Daniel a la escuela tan distraído que tropezó con un objeto tirado en la banqueta. Era una botella de refresco. La verdad es que nuestro amigo iba muy preocupado por los grandes problemas de la vida.

La botella era de plástico transparente, de ésas que no sirven para nada. Faltaban dos cuabras para llegar a la escuela y Daniel sentía ahogarse por una preocupación: esa tarde iban a tener partido de futbol contra el otro grupo de tercero y lo más probable era que lo perdieran. Hacía meses que no metía un gol. También le preocupaba el ánimo de su mamá, tan atribulada en los últimos tiempos. A pesar de complacer todos sus caprichos (la leche malteada en el desayuno, la

fiesta de cumpleaños, el cuento leído al anoche-  
cer), su mamá disimulaba una gran tristeza. Y  
para colmo estaba el examen pendiente de geo-  
metría.

Probablemente el que inventó la geometría  
fue alguien sin mucho quehacer. Alguien que  
llamó “esferas” a los balones de futbol y “cubos”  
a los dados. Alguien que de seguro bautizó a su  
hijo como *Paralelepípedo*. “A ver, Paralelepípedo  
Martínez, pase al pizarrón a resolver el siguien-  
te problema...”.

Daniel calculó la distancia, tomó vuelo y sol-  
tó una buena patada. “¡Traass!”. Allá fue a dar la  
botella girando en el aire hasta chocar contra un  
poste de luz. “¡Gooool!”, imaginó que coreaba el es-  
tadio y los fotógrafos saltaban a la cancha para  
retratar al campeón. Entonces oyó un quejido:

—¡Auch!

¿Qué era aquello? Daniel se paró en seco. De  
súbito desaparecieron los fotógrafos así como las  
ovaciones del estadio. ¿Una botella quejándose?

El niño levantó el envase, que estaba bastan-  
te abollado, y pensó que las preocupaciones le

producían alucinaciones. “Qué lástima”, se dijo, “todos descargan sus frustraciones contra estos mugrosos recipientes listos para el basurero”.

—Pobrecita botellita, pateada por los neuróticos del mundo —y comenzó a mimarla entre arrullos. La acarició una, dos, tres veces.

De repente el envase produjo un ruido extraño, “¡cruajjj!” y comenzó a echar una humareda azul. El niño soltó la botella y estuvo a punto de salir huyendo, de no ser porque el recipiente arrojaba una bola de trapo. Cuando el humo se disipó, Daniel observó un extraño duende que surgía de aquel enredo.

—¡Cof, cof! —se quejó mientras arrojaba una bocanada de humo—. Disculpa que permanezca recostado en el piso; es que me desconcertó la tremenda patada que diste —y, acomodándose el turbante en la cabeza, procedió a presentarse:

—Soy el genio Al-Revés. Y tus deseos son órdenes, Amo.

—¿El genio Al-Revés? —preguntó Daniel, sin salir de su asombro.

—Y tus deseos son órdenes, Amo —repitió el extraño visitante—... pero mucho cuidado con lo que pides.



El duende tenía la barba crecida y todos los años del mundo. Además, su piel era morada y le quedaban sólo tres dientes.

—¿Debo pedirte un deseo?



—Sí, claro. Oíste bien, Amo. Es mi deber siempre que regreso al mundo —y apuntándole con el índice, preguntó de pronto—: ¿Cómo se obtiene el perímetro de un hexágono?

—¿Qué?

Entonces el gnomo se puso de pie... Es decir, quedó parado sobre sus manos y con los pies descalzos al aire. De cualquier modo era bastante chaparro.

—¿Por qué te paras así? —Daniel lo miraba con extrañeza.

—¿Cómo te dije que me llamo? —refunfuñó—. ¿No escuchaste, niño... perdón, Amo?

El duende, por lo visto, tenía muy mal humor.

—Ha de ser horrible vivir dentro de una botella —comentó Daniel—. Y peor si se trata de una botella de plástico.

El genio pasó por alto el comentario. Se froto la cara con un pie.

—¿Cómo se obtiene el perímetro de un hexágono? —alzó las cejas y le ofreció una sonrisa de complicidad—. Mañana lo van a preguntar en el examen.

—¿Y tú cómo sabes?

El gnomo no respondió y añadió mientras se rascaba una oreja:

—Tendrás un viaje muy largo y muy lejos.

—Uy, sí —pero Daniel ya no quiso distraerse. Si no se apresuraba iba a llegar tarde a la escuela.

—Ahora me tienes que pedir un deseo, Amo. El primero de tres. Luego regresaré a mi botella.

—¿Mi primer deseo? —y Daniel pensó “fama”, “dinero”, “poder”—. Ah, pues lo que yo quiero...

—¡Mucho cuidado! —lo detuvo el duende alzando con dificultad una mano—. Recuerda que soy el genio Al-Revés —insistió—. “Al-Revés”.

El niño reflexionó un momento. Debía darse prisa, así que no lo pensó demasiado:

—Quiero perder el partido de fútbol. No meter ningún gol.

—¿Estás seguro? —y sin esperar respuesta el duende dio un aplauso con los pies, luego se transformó en una nubecilla de humo y volvió a introducirse en la botella.

“Bueno”, se dijo Daniel, “por lo visto hoy no será un día aburrido”. Recogió la botella y la guardó dentro de su mochila.

Llegó al colegio cuando ya sonaba el timbre. Pasó lista, entregó la tarea del día anterior y comenzó un ejercicio de gramática que la profesora había puesto en el pizarrón. “Conjugar los verbos *sorprender* y *hechizar* en futuro simple”.

Cuando anunciaron la hora del recreo, Daniel sacó el sándwich que su mamá le había preparado. Entonces Ambra, su compañera de banca, preguntó:

—¿Vas a dejar el refresco? —señalaba el interior de su mochila.

Ambra era la mejor amiga de Daniel. Siempre platicaba de cosas interesantes; nunca de sus muñecas ni de chismes sin sentido.

Daniel observó con sorpresa que era cierto, la botellita estaba llena y como si estuviera recién comprada. La llevó consigo al recreo.

Se la pasó platicando con Ambra. En la noche anterior habían pasado un programa de misterios por la tele (trataba de una sombra misterio-